



2
O. Compañías
tomo VIII

ALGO DE UNION IBERO-AMERICANA

(Para LA NACION)

SALAMANCA, octubre de 1912.

Quisiera poder tener más fe en ciertas organizaciones colectivas de esfuerzos individuales y más fe también en la acción oficial y oficiosa. Mis empeños todos de autoeducación se enderezan a vencer un cierto individualismo nativo que me lleva a arar solo, a no asociarme a labor alguna colectiva. Y es que cuantas veces me he asociado a ella he visto deshacerse la obra.

Dos, tres, cinco o veinte personas coinciden en una labor común, trabajan en un mismo empeño y se prestan una cierta ayuda entera, aunque sólo sea citándose y animándose unos a otros. Y puede suceder que de tal modo sus aislados esfuerzos lejos de sumarse se multipliquen los unos por los otros. Pero desde el momento en que se les ocurre constituir una sociedad, bajo un título cualquiera, con sus estatutos y su reglamento, la cosa se arrutina y se echa a perder. Suele ir a parar todo en manos de un secretario, de un «factótum», de uno que carga con el trabajo todo, y que suele ser o el que más interés tiene en la cosa o el que más necesita dar suelta a un cierto instinto de actividad que a algunos individuos les acucia.

Traigo todo esto a cuenta de todas esas ligas, asociaciones y sociedades para estrechar los lazos entre los pueblos todos de lengua española, empezando por la Unión Ibero-americana.

Yo no dudo—¡qué he de dudar!—de la buena intención que a sus miembros y asociados anima, pero sí dudo de la eficacia de sus esfuerzos, y creo más bien que si cada uno de ellos se creyese solo e hiciera por sí y ante sí cuanto pudiera y como si toda la labor hubiese de cargar sobre él, se conseguiría más.

Creo poder afirmar, sin que ello se me tome a petulancia, que yo por mi parte, solo y sereno, desligado, sin estatuto ni programa, he hecho por la unión espiritual de los pueblos de lengua española tanto como haya podido hacer cualquier otro y tanto como algunas de esas asociaciones. Hace años que vengo dirigiendo mis esfuerzos entre otras cosas, a que nuestros escritores españoles sean más y mejor conocidos en la América española, y a que sean más y mejor conocidos en España los escritores americanos. Y esto segundo es mucho más difícil de conseguir que aquello otro.

Hay que decir las cosas claras y sin rodeos. Cuando oigáis a algún joven literato o publicista español decir que es una vergüenza el que no conozcamos mejor a América y sus escritores o publicistas es que está buscando recíproca correspondencia, es que quiere colocar sus trabajos en América.

En estos días, con ocasión del Centenario de las Cortes de Cádiz, que por la muerte de la infanta doña Teresa que impidió al rey asistir a las fiestas de su celebración y por la huelga de ferroviarios y los temores que provocó, ha salido un poquito desigual... (aunque, dicho sea entre paréntesis, casi todos los centenarios suelen salir, como las exposiciones y los juegos florales, un poquito desiguales, pues no sirve querer amontonar en una fiesta el entusiasmo y el trabajo que deben ir repartidos en la labor ordinaria, cotidiana y normal).

Digo, pues, que en estos días, con ocasión del centenario de las Cortes de Cádiz y de las comisiones o embajadas americanas que a ellas han concurrido, publicó Cristóbal de Castro en «El Heraldo de Madrid» un artículo titulado: «Filosofía barata.—Las embajadas de América», donde hay muchas cosas muy discretas y muy puestas en buena razón.

Al final de ese artículo dice:

«Se argumenta con que «hay que hacer algo práctico». El porvenir de nuestra raza, la hegemonía del glorioso espíritu hispano, están pidiendo a voces algo más que los tópicos de un grindis.

«El señor Figueroa Alcorta ha hablado con el rey de una línea de vapores que deje en Cádiz todo el turismo americano. Ahora, los americanos ricos desembarcan en el Havre, se van a París y se vuelven a América sin ver España. Con esa nueva línea desembarcarían en Cádiz, y antes de ir a París verían nuestro tesoro monumental y artístico».

En efecto, lo de «hacer algo práctico», lo de la raza y lo de la hegemonía son tópicos. Y si los americanos más o menos ricos—porque no es forzoso que sea todo americano rico—se vuelven a América sin conocer España o conociéndola mal, mucha de la culpa la tenemos los españoles que tampoco solemos, por nuestra parte, conocerla mejor, si es que no nos dedicamos a calumniarla. Que se vayan a París los que sólo buscan hoteles lujosos, gula, «cocottes», espectáculos afrodisíacos o por otra parte grandes laboratorios o centros de estudios especiales, se comprende—aunque algunos de estos estudios pueden ha-

cerse en España y alguno acaso mejor—pero no se comprende que no se detengan aquí los que aman el arte y aman la belleza del paisaje. Pero somos nosotros, los españoles, los obligados a descubrir las bellezas de España y por mi parte creo cumplir con mi cometido.

Prosigue el señor Castro y dice:

«Se habla también de la universidad hispano-americana en Salamanca o en Sevilla. Esta universidad tendría pecas o fundaciones de cada nación y sería un plantel de nuevas universidades en América».

Como aquí se hace mención de la universidad a cuyo frente estoy, de la universidad a la que un desahogado literato francés que no la conoce llamó la Universidad fantasma—es muy ingenioso hablar de lo que se ignora—me abstengo de todo comentario. ¡Tantas cosas y tan dolorosas podría decir al respecto! Pero, esperaré mejores tiempos, que lo habré de decirlo todo.

Añade el articulista:



«También hemos oído algo acerca de una escuela hispano-americana de Bellas Artes. Nuestro museo del Prado, con los joyeles de Toledo, El Escorial, Avila y Segovia, y con las joyas únicas de Córdoba, Granada y Sevilla, puede nutrir generaciones de pintores y de artífices en artes de que sólo España tiene el secreto. Del mismo modo exuberante y singular, España tiene un teatro sin rival en ninguna literatura. ¿Por qué ha de ir la Bartet a enseñar declamación a Buenos Aires? ¿Por qué los conservatorios americanos no tienen, por idioma y raza, profesores que expliquen en castellano teatro español?».

A esto sólo he de añadir que entre los varios pintores que he visto desfilar por esta pictórica tierra salamanquina vino un sudamericano, el venezolano Tito Sala, pero vino a pintar escenas y paisajes de esta tierra porque se la habían descubierto... en París. Pues merced a Zuloaga y a otros España empezó hace unos años a ponerse en moda en Europa como mina de asuntos pictóricos.

Y también de asuntos literarios, y buena prueba de ello es la novela de Rodríguez Larreta.

Pero donde el señor Castro está más acertado es en lo que dice luego, y es lo siguiente:

«El viejo tópico de «estrechar los lazos» no ha visto en sus cegueras de retórica, más que una cara de la medalla fraternal. Es preciso ver la otra cara. Es necesario que si pretendemos exportar arte, o literatura, o frutas, o vinos, importemos las producciones intelectuales o materiales de aquellos países. Hay que abrir a sus escritores nuestros periódicos y a sus autores nuestros teatros y a lo poco o mucho que allí se produzca, intelectual o materialmente, los pocos o muchos mercados que aquí haya. Porque, créanme los amigos de la Unión Ibero-americana; esto de que nosotros exportemos a América novelas del señor Trigo y zarzuelas del señor López Silva, y que América no consiga exportar aquí libros de Enrique José Rodó, de Justo Sierra, de Leopoldo Lugones, de Miguel A. Caro, es para que las embajadas tomen el portante y nos hagan la cruz por siempre jamás».

Aquí es donde, en efecto, estriba la cosa. Mucho hablar de unión ibero-americana, pero es para que ustedes, los americanos, se enteren de lo nuestro, y no para enterarnos nosotros.

A consecuencia de una mención que hice de Sarmiento en un discurso que pronuncié en el Ateneo de Madrid, surgió entre algunos socios la idea de pedir a la directiva que se adquirieran las obras del más grande escritor sudamericano y, en efecto, cuando algún tiempo después quiso Ricardo Rojas decir y leer algo de él en el mismo Ateneo, tuvo que pedirme el «Facundo», porque no lo encontraba ni allí ni en otro sitio alguno de Madrid. Y creo haber contado también que no pude decidir a una de nuestras compañías dramáticas a que pusiera en escena un drama de Florencio Sánchez.

Y los autores que el señor Castro cita y de otros que pudiera citar, apenas se encuentra quien los conozca por acá. Y menos mal si son meramente literatos, es decir, autores de lo que se llama amena y

vaga literatura. Pero si se trata de historiadores o pensadores, la cosa es peor.

Aun hay poetillas vagorosos de rimas delicuescentes, con sentimientos y expresiones que no saben a tierra ni a cielo alguno determinado, que leen y comentan y celebran a sus congéneres, tan sin patria, ni sexo como ellos, que viven allá, allende el océano, en sus torres de marfil, pero de ahí no pasa.

Estoy harto de decir y repetir que de toda la literatura americana que conozco, lo mejor a mi juicio y gusto, es lo que está inspirado en luchas y pasiones locales. Pero me hacen poco caso y consideran como una chifladura mía el que haya consumido tanto tiempo en leer libros de historia americana.

Concretándome a la Argentina, cuando le mostraba a un amigo los volúmenes de la «Historia de la República Argentina», la «Historia de Vicente Fidel López, los de la «Historia de la Confederación Argentina» de Saldaña, los de las historias de San Martín y Belgrano, de Mitre; las Lecciones, de Estrada; las Memorias, del general Paz, y aun otras obras, me decía: ¿pero se ha leído usted todo eso? al contestarle yo: ¡todo! se me quedó mirando con lástima. «En cambio —le dije— resisto con mayor dificultad a sus poetas. Hay algunos de que gusto mucho, pero son pocos. Suelen poner más pasión, más poesía, en escritos de combates sobre sus luchas que en esos cantos indefinidos y casi siempre de mera imitación».

A mí, lo confieso, cuando más me interesan, es decir, cuando sólo me interesan de verdad los escritores americanos—y los de cualquier otra parte—es cuando me hablan de sus propias cosas. A no ser que se trate de algún individuo tan excepcional que sea él todo un mundo por sí, con una tal fuerza lírica que su alma individual sea un escenario tan vasto como el de un pueblo entero. Pero estos poderosos líricos apenas los conozco por ahí.

Hay otra razón más rastrera y pedestre para que apenas lleguen acá libros americanos y es que, en general, el libro americano suele ser caro y nuestros líbreros no se distinguen por su arrojo. Un amigo mío encargó en una librería de Madrid, que le pidieran a Montevideo un libro del señor Vaz Ferreira que le había yo recomendado mucho, y el librero le dijo que era más difícil traer un libro de América que de Rusia—lo mismo me dijeron a mí hace años de un libro portugués, hasta que luego lo compré en Portugal—que no tenían relaciones mercantiles con casas editoriales del Uruguay, etc., etc. En fin, pretextos para no salir de la rutina. Y a otro que pidió un libro chileno le contestaron que lo pedirían... a París. ¡Estupendo!

Lo cual ha hecho que no pocos escritores americanos o editen en España o editen en París, en casa de Garnier, de Ollendorff, o de la viuda de Bouret.

Luego hay otra cosa y es que se nos ha dado cada timo! Hay, sin duda, escritores americanos que merecen los conozcan aquí mucho más y mejor que los conocen, los que cita el señor Castro entre ellos, pero en esa especie de masonería que forman los escritores de una misma escuela, secta o cofradía, se nos ha cimbeleado cada



*delicuescente*

cosa...!

Al uno por delirante, al otro por modernista, (yo no sé qué es esto), al de más allá por satánico, a éste por anticlerical, a aquél por lo contrario y no pocas veces en cambio mutuo de servicios.

Pero verán ustedes cómo todo esto se va corrigiendo. Ahora sí que va de veras; ahora sí que se empiezan a estrechar los lazos. Da gusto. Con esto de los conferencias de exportación que mandamos a ésa, y con los jóvenes poetas que nos mandan de cónsules o de agregados de legación va a arreglarse todo.

Y a propósito, quiero antes de concluir estas líneas que «La Nación» me permita aprovechar sus columnas para una manifestación de orden privado. Y es que de tiempo en tiempo corre por los periódicos de esa república la noticia de que voy con mis remesas de conferencias bajo el brazo. Canas tengo, es verdad, de conocer esta tierra y de visitarla más para enterarme y aprender que para ir a enterar ni a enseñar a nadie, pero cuando vaya, si al fin se me logra mi anhelo de ir, quiero que conste que iré solo, no en comandita con nadie, que no iré contratado por empresario alguno como si fuese un oso o un acróbata y que de ir a dar conferencias no será hasta que éstas hayan acabado de desacreditarse del todo. Cada uno tiene sus manías, sus chifladuras y sus caprichos, y uno de mis caprichos es el de querer salir airoso en géneros desacreditados. Me conviene, pues, que ese género llegue a su más completo descrédito, al que ya camina.

Y basta de lo personal.

Entretanto siga la función, y vengan brindis y abrazos y vivas y digamos y repitamos que urge nos pongamos a conocernos unos a otros. Y... pero no, no lo digo, porque lo que se me ocurre decir es tan cínico, tan desvergonzadamente claro, tan sin tapujo, que es mejor callarlo.

MIGUEL DE UNAMIÑO.

